

Comentarios Generales

HECHOS 10, 34a. 37-43

La Resurrección de Cristo es en la Historia de la Salvación el acontecimiento básico. Lo es para Cristo, ya que su Resurrección ilumina su mensaje, garantiza su misión y da sentido a su Vida, a su Pasión y a su Muerte:

Y lo es para nosotros. Es la virtud y el poder del Resucitado el que nos hace nacer a la nueva vida, nos inunda de Espíritu Santo y prepara y asegura nuestra resurrección y glorificación.

De ahí que en el Kerigma o predicación apostólica el punto central es la Resurrección de Cristo. Así lo constatamos en este discurso de Pedro (y 40) igual que en los restantes esquemas del sermonario petrino que Lucas nos ha conservado: Hch 2, 14; 3, 12; 4, 9; 5, 29. Ser «Apóstol» es, ante todo, para dar testimonio de la Resurrección como testigo ocular y cualificado (Hch 1, 22).

En el presente discurso Pedro interpreta la vida de Jesús a la luz de su Resurrección: Aquella su primera Epifanía Mesianica del Jordán (Lc 3, 22), en la que Jesús fue ungido de Espíritu Santo es un anticipo y preanuncio de la «Unción» gloriosa de la Resurrección. En ésta, ungido de Espíritu Santo y de poder, queda constituido: Mesías (Ungido)-Señor. Es decir, el Mesías-Redentor es a través de la Resurrección Mesías-Señor. San Pablo desarrolla el mismo pensamiento cuando escribe a los Romanos: «El Hijo de Dios nacido de David según la carne, a raíz de la Resurrección fue constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu» (Rom 1, 4).

A raíz de la Resurrección inicia Jesús un nuevo estadio de vida y de actuación: el de «Señor» (Hch 2, 36), «Jefe y Salvador» (5, 31), «Juez y Salvador de vivos y muertos» (10, 42), «Señor en gloria» o «Hijo de Dios en poder», que dirá San Pablo (Flp 2, 11; Rom 1, 4), o «Espíritu Vivificante» (1 Cor 15, 45). Por tanto, la Resurrección de Cristo es para todos una llamada apremiante a la fe, a la conversión, al amor. El Centurión que, incircunciso, recibe el Espíritu Santo, sólo por la fe en el Resucitado, es prueba fehaciente de que Cristo es el Salvador de todos. Y por eso, «exultantes de gozo pascual ofrecemos, Señor, el Sacrificio por el que tu Iglesia es maravillosamente regenerada y vigorizada» (Sup. obl.).

COLOSENSES 3, 1-4

San Pablo, a la luz de la Resurrección de Cristo, ilumina la esencia y las exigencias de la vida cristiana:

El Bautismo con sus ritos de inmersión y emersión significa nuestro morir con Cristo al pecado y nuestro resucitar con Cristo a la nueva vida. El hombre viejo, o sea la herencia de Adán, queda sepultado en las aguas bautismales.

Renacemos a la vida de gracia; la que recibimos del Resucitado. El bautizado está en comunión con la vida celeste de Cristo.

El Bautismo debe marcar con su sello (imprime «carácter») todo el ser y todo el vivir del cristiano. Son bienes para él, no los caducos y efímeros, sino los que Cristo le ha ganado con la Pasión y le regala con la Resurrección. En su virtud somos ya «ciudadanos del cielo», donde «sentado a la derecha del Padre está Cristo» (y 1), quien «como precursor entró a favor nuestro, para prepararnos el lugar» (Heb 6, 20; Jn 14, 2).

Todo al presente se desarrolla en fe: «Vida escondida con Cristo en Dios» (y 3). Cuando llegue la Parusía gloriosa de Cristo, también nosotros entraremos a participar en cuerpo y alma en la gloria del Resucitado: «Cuando Cristo, vida vuestra, se manifieste, también vosotros os manifestaréis juntamente con El, revestidos de gloria» (y 4). «Y transfigurará nuestro cuerpo deleznable, conformándolo al Cuerpo suyo glorioso, con aquella su eficiente virtud que es poderosa para someter a Sí al universo» (Flp 3, 21).

JUAN 20, 1-9

Jesús se ha huido victorioso del sepulcro. Allí quedan como testigos los lienzos con que le amortajaron:

Pedro y Juan, tras explorar el sepulcro vacío, comprenden lo que a lo largo de la vida mortal de Jesús jamás habían entendido: Jesús es la Vida. Con su Muerte ha vencido a la Muerte. El sepulcro vacío es testigo de la victoria del Resucitado.

Es el primer día de la semana (y 1): Por este hecho será siempre más el «Día del Señor», el Domingo cristiano (Ap 1, 10), en el cual para siempre se rememorará, se revivirá, se actualizará la Pascua: La Muerte y Resurrección de Cristo. Nosotros, los cristianos de hoy, la celebramos con júbilo igual al de Pedro y Juan. La Iglesia peregrina, en su Eucaristía, conmemora la Redención, la actualiza y se prepara para el retorno glorioso del Señor. Vive en Pascua perenne.

«Vieron los lienzos en el suelo, el sudario plegado»... Estos datos hacen imposible la explicación de un robo. El muerto no ha sido robado. El se ha huido del poder de la muerte. Queda la mortaja como testigo.

Pedro y Juan «ven y creen»: El sepulcro vacío les abre los ojos para entender lo que tantas veces les había profetizado Jesús, de que al tercer día resucitaría. Luego, en las apariciones que les otorgará el Resucitado, les hará ver cómo las Profecías Mesiánicas hablan de un Mesías Redentor que morirá para nuestro rescate y resucitará para nuestra justificación; el Mesías que a través de la muerte es nuestra vida, Adán Nuevo, Espíritu Vivificante.

(José Ma. Solé Roma (O.M.F.), 'Ministros de la Palabra', ciclo 'A',

Herder, Barcelona 1979.)